

863.  
C.

PQ 6503

.C2

24

V. 2

Tomos-2-



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

33203

088352

---

---

## EL ARA DEL SACRIFICIO.

---

### JORNADA TERCERA.

#### I.

LOS MAGOS DE BABILONIA (*en lo alto de una torre*).

Desde aquí descubrimos la reina del Oriente, la ciudad de las ciudades, coronada de estrellas. En sus espacios las esfinges duermen un sueño divino, los dragones de piedra guardan pensamientos del cielo, y el unicornio de oro medita en silencio sobre el altar de marfil los misterios de lo porvenir, en tanto que al pié de las aras corren abundosas y claras fuentes, repitiendo el eco del primer rumor que oyeron los tiempos, cuando el mundo y los orbes se precipitaron como inmensa catarata de las manos de Dios. Ciudad bendita, Babilonia sagrada, tus hijos han sembrado de pol-

vo de carmin y oro las orlas del desierto que te rodea como un manto; tus sacerdotes te han dado templos para que reclines la sien, agobiada por el peso de tu diadema de mil torres; tus reyes han colgado de tus brazos, como canastillos de flores, pintados jardines; el Eufrates se goza en lamerte los piés, como el perro del ganado á su pastora; y los sáuces y los paraísos, de cuyas ramas cada pueblo al pasar ha suspendido una lira, te saludan y te arrullan con eternos cánticos. Ciudad de los mil templos, Nemrod ha teñido tu púrpura en la sangre de todos los pueblos, y Belo ha arrancado el sol de las alturas para engarzarlo en tu corona. El desierto impulsa sus olas de arena para acercarse á tus piés, y cada uno de sus átomos, encendido por la luz, semeja una estrella caída del manto de la noche, que viene á decirte secretos de lo infinito. Algun dia, una tras otra, las ciudades de Oriente dejarán en tus gradas de mármol y al pié de tus puertas de bronce sus ídolos, sus diademas, sus escudos de hierro, su incienso, su mirra y su áloe, sus pebetes de ámbar, sus pirámides de granito, sus copas de oro rebosando agua de sus rios y de sus mares, las túnicas de sus sacerdotes, y hasta las cabbelleras de sus doncellas; porque todas las ciuda-

des sentirán que Babilonia les dá una gota de su sangre, un átomo de su cuerpo, un suspiro de su vida, cuando sus hijos al cruzar el desierto en sus caravanas encuentran en esta tierra de los misterios un lecho de amor y una hora de placer. Estrellas de la noche, que henchidas de un espíritu divino surcais los cielos, formando en vuestros círculos misteriosos un pensamiento divino, nunca, nunca abandoneis á Babilonia; y despues que al pasar por la fuente de la vida os hayais bañado en la primera luz del Universo, bajad á contarnos nuestro porvenir y sus misteriosos secretos, como el águila que se ha cernido en lo infinito desciende con su presa en las garras al nido de sus hambrientos hijuelos. Mundos que flotais en el éther, estrellas misteriosas perdidas en la inmensidad, ondas de soles que besais las plantas de los dioses, nubes de ethérea impalpable materia que allá en los limites del Universo colgais vuestras indecisas gasas de luz como el caminante su tienda, cometas que sois la espada de fuego de los ángeles invisibles que guardan envueltos en su túnica de zafiro la entrada de la creacion, no olvideis que sólo Babilonia, nunca dormida, absorta en contemplar vuestros horizontes, velando siempre para contar vuestro número

y sorprenderos en vuestro camino, sabe el secreto que ocultais á los mortales.

NINIAS (*que aparece trémulo en la torre*).

Magos, magos del Oriente, amparadme.

LOS MAGOS.

¡El rey! ¡El rey!

NINIAS.

He venido á turbar vuestra meditacion, porque un centauro de las tinieblas ha querido apagar en mi alma el fuego y la sonrosada luz de la vida. Soñaba yo que habia roto el circulo de cristal en que el Tigris y el Eufrates me aprisionan, y que habia ido hasta los más remotos países de la tierra. Allí habia hecho de todos los templos un templo, de todas las ciudades una ciudad, de todos los hombres un solo esclavo, y levantando con los escombros hacinados un altar, y ciñéndome por manto los azules aires, y tomando en mi mano un haz de cometas de fuego; yo, yo soy vuestro dios, decia á las naciones. Y las naciones callaban y se sometian. Mis ojos se paseaban ávidos sobre aquellas cabezas hundidas en el polvo; mis plantas se apoyaban en aquellas espaldas encor-

vadas; mis oidos recibian con voluptuoso placer el rumor de la adulacion que producian todos los lábios; y mi corazon no cabia en mi pecho, ni acaso hubiera, de orgullo hinchado, cabido en el Universo. Yo vi pasar los hijos del Indo, que me traian presentes de oro de Golconda; los habitantes de Thebas y de Menfis en sus carros de guerra, arrojando á mis piés sus momias y sus esfinges; los de Bactrias, que me regalaban amuletos y filtros para hacer perenne mi vida; las virgenes del templo de Militta, coronadas de verbena y rosas, ofreciéndome los encantos de sus amores; los magos, que me daban una estrella para cada una de mis sandalias; las caravanas de Tiro, que me presentaban un manto en cuyos pliegues podia ocultarse la tierra; las tribus de Iram con sus espadas más ardientes que el rayo; los descendientes de Abraham, que al compás de sus cadenas entonaban una cancion triste como el canto del buho en la noche, ó el siniestro quejido de la corneja en el bosque; y mi alma henchida de placer salia de mi cuerpo, como el Tigris sale de madre cuando recibe en la estacion de las tempestades, los torrentes de los montes y las lluvias de los cielos.

## LOS MAGOS.

Afortunado señor, Belo te conserve esos sueños.

## NINIAS.

¡Oh! No, no. De pronto se apagó el sol; la luna, que intentó resplandecer un instante, arrojó un color rojizo y se perdió muerta en los abismos de los cielos; las estrellas se dispersaron como una bandada de palomas que oyen la flecha del cazador en los aires; y cada uno de los hijos de los hombres sacó un martillo de los pliegues de su manto, y comenzaron todos á destrozar los muros de Babilonia, cuyas piedras arrastraba el rio en compasado movimiento. Y de la ciudad no quedó huella, como no queda huella del camello en el desierto; y donde antes se alzaba mi trono vinieron á anidar las víboras y á escarbar sus madrigueras los tigres, y en vano, atormentado de dolor, pedí de rodillas compasivo refugio á la muerte, porque una inmensa boca abierta en los negros cielos se reía con risa convulsiva y sardónica de mi ambicion y de mi impotencia.

## LOS MAGOS.

Esas son aprensiones de vuestro espíritu. No temais, señor; ni el huracan ni el rayo podrán nada contra Babilonia. Mirad: el sol se despierta en el Oriente; el rio sigue su carrera, sereno, besando las hojas de los sáuces; el desierto se desciñe su turbante de nieblas; la palmera se cimbreá arrullada por el áura de la mañana; los ganados pastan la yerba humedecida por el rocío; las avecillas abandonan sus nidos y gorgean sus amores; y mientras á nuestros piés los guardas de vuestro palacio hacen mil brillantes evoluciones blandiendo al aire sus armas, allá á lo léjos se vé cruzar la caravana errante, el camello cargado de riquezas, el mercader y su tribu vestidos con los pintorescos trajes de Oriente. Todo es paz en la naturaleza. Suena la hora de recibir á vuestros sátrapas que os esperan.

LOS SÁTRAPAS (*en los salones del palacio*).

El sol se ha despertado; pero no se ha despertado el verdadero sol de este palacio. Nosotros no queremos ver la luz del cielo el dia en que no hemos visto los ojos de nuestro señor. Con sus dos brazos puede tocar el rey de Babilonia de

Oriente á Occidente. Cuando anda, sus pisadas hacen temblar á los abismos. Su sonrisa oscurece la sonrisa de la aurora. Una lágrima suya caída en el mar lo tornaria dulce. Una palabra suya haria benéfico al tigre, inofensiva á la víbora. Su cuerpo es tan puro como el cuerpo de Belo, su alma tan vívida como el alma de la naturaleza. Allí viene. Lleva una túnica blanca sembrada de oro, que parece el Tigris iluminado por el suave resplandor de la luna; de sus hombros cae un manto de púrpura tan encendido como el último reflejo del sol en Occidente; una tiara de oro y esmeraldas ciñe su cabeza; y sandalias de plata aprisionan sus piés, formados para andar sobre las espaldas de los hombres. Al verlo pasar, las esclavas de su serrallo, prisioneras entre doradas rejas y olorosos arbustos, levantan sus mustias cabezas, y se sonríen, y le envían un beso de amor, como las flores marchitas cuando el áura fresca y regalada murmura entre sus hojas. Ven, rey de Babilonia, el cielo puede vivir sin astros, el desierto sin arenas, el rio sin agua, el bosque sin árboles, más fácilmente que nosotros sin nuestro señor, sin nuestro amo.

## NINIAS.

Salud, sátrapas de mis reinos; que os guarde Belo. Anhelantes por saber de mí, venis todas las mañanas á despertarme con vuestras dulces palabras. Yo os lo agradezco, y el sol, mi compañero en el dominio del mundo, os lo agradece tambien. Nada deseo, nada quiero, nada me hace falta. Los pueblos vienen á mí como las palomas á la fuente, como los ganados á las sombras de los sáuces en el estío. El labrador llena de vino mis copas de oro legadas por Nemrod; el comerciante descarga sus camellos á la puerta de mi palacio; el guerrero me regala esclavos que yo mutilo para el serrallo ó destino para el sacrificio; el industrial me alarga la mitad del oro que ha recogido en las aguas de los grandes rios; las doncellas cuelgan de mis ventanas túnicas de lino por sus blancas manos hiladas; los sacerdotes queman el incienso y la mirra en mi trono, y me dejan la mitad de sus ofrendas; porque vidas, tierra, cielo, almas, todo es mio, que todo lo ganó la espada de mis abuelos, más larga y más cortante que las colas de las serpientes. Así, nada tengo yo que hacer. Mis antecesores llegaron hasta bañarse los piés en el hermoso lecho del sol y beber

las aguas del Indo. Yo no he encontrado un pueblo que vencer, ni he visto más que esclavos, así en mi palacio como en mis reinos. Pero el cansancio me mata. Me hastia el serrallo. Las mujeres enviadas de todas las regiones de la tierra no guardan para mí un placer. Los esclavos sólo saben bajar la frente y adular á su señor. Cuantas veces he salido á campaña, no he encontrado ni un enemigo con quien luchar, ni una victoria que recoger. Mi cuerpo enflaquecido, cansado, exháusto de sangre, consumido en el placer, poco á poco se vá extinguiendo, como el fuego del sacrificio cuando le falta combustible. Yo quisiera desear, quisiera querer, quisiera luchar, quisiera trabajar, para salir de esta triste y pesada soñolencia, que tanto se parece á la muerte.

SATRIAS (*el primero de los Sátrapas*).

Señor, si quereis luchar, ancho campo se abre á la gloria allá en los últimos limites de vuestro reino. Allí hay pueblos bárbaros. Nacidos en carros de guerra, amamantados con leche de pante-  
ras, criados entre los aullidos y el polvo de los combates, montados siempre en caballos negros como la noche, vestidos con los despojos de las fieras que han cazado con sus propias manos, li-

gados los brazos con la piel adobada y curtida de sus enemigos, ciñendo á sus gargantas por único adorno los dientes de sus víctimas, adorando una espada y una flecha, y ofreciéndole libaciones de sangre en las calaveras encontradas en los campos de batalla; aquellos hijos de la guerra, cuyas bocas escupen hiel, cuyos ojos despiden sangrientos reflejos, cuyas manos sólo saben dar la muerte, cuyo constante trabajo es la pelea, caen sobre vuestras tribus y las aniquilan, como el monte de arena que el huracan levanta en el desierto abra-  
sa, desplomándose sobre el tranquilo oasis, sus yerbas y sus flores. Ceñios vuestra armadura, colgaos de la espalda el arco, envenenad vuestras flechas, reunid los grandes y pesados elefantes, haced sonar los instrumentos guerreros con marcial estrépito, llamad vuestros millones de soldados, que aplasten con sólo andar á todos vuestros enemigos, y sobre vuestra tiara de oro ceñios para mayor esplendor el rojo cometa de la guerra.

NINIAS.

Bien pensado, no merecen tan bárbaros guerreros un enemigo tan ilustre, tan grande como yo. ¿Qué les sucede en realidad á mis pueblos? Nada. En la regularidad de su vida, viene un

guerrero de esos feroces á divertirlos con una orgía de sangre. ¡Oh! Si llegaran hasta aquí; si se esparcieran por las riberas del Eufrates; si cortarían sus bosques de sáuces; si destruyeran sus jardines colgantes; si arruinaran las torres que tocan al cielo, y demolieran los templos sostenidos por tortugas de granito; si destrozaran con sus hachas las puertas de bronce, y rompieran los siete muros de mi palacio, é incendiarán hasta mis serallos: entre el humo y el polvo, entre los lamentos de los vencidos y los gritos de los vencedores, entre el estruendo y el terror, yo sentiría algo más que esta vida perezosa y uniforme; y revolviéndome audaz entre la gran catástrofe, olvidaría este aguijon, esta llaga desconocida que tengo en mi pecho, y que si no mana sangre, mana la vida de mi alma y la esencia de mi sér. ¡Oh! Yo no he visto ningun gran espectáculo. Los magos cuentan que un dia se juntaron las aguas del Eufrates y el Tigris, y ahogaron á millares de criaturas; que otro dia se abrió la tierra y vomitó fuego, y consumió ciudades, y encerró en sus entrañas templos; que un cometa bajó hasta la torre de mi palacio, dejando por toda Babilonia rastro de negra sangre; que una nube inmensa se abrió, y trajo millones de cuervos hambrientos

que devoraron innumerables criaturas; que un monte de arena levantado por el huracan convirtió provincias deleitosas en áridos desiertos; que el sol se durmió un dia más tiempo del que debiera, los hombres, creyéndose ya abandonados de la luz, se mataron unos á otros con feroz encarnizamiento: y yo, infeliz, he visto siempre las mismas estrellas, los mismos cielos, la tranquilidad inalterable de la tierra, la sucesion regular de las estaciones, sin haber presenciado ni un incendio, ni un terremoto, cuando tan aterrador y sublime debe ser el lamento, el sollozo de todo un pueblo. Pero llamad á mis mujeres, para que canten un poco y me distraigan. ¿Ha llegado ya esa esclava extranjera, Sátrias?

SÁTRIAS.

¡Oh tormento! ¡No poder ocultarla, no poder! Ha venido, señor.

NINIAS.

Que entren mis esclavas y entonen un coro.

SÁTRIAS.

Esclavas, venid á regalar el oido del rey.

## CORO DE ESCLAVAS.

Hijas de la aurora, que nos ha teñido las mejillas con sus rosados dedos, cantemos, ya que el cielo es un eterno concierto y la vida un armonía deliciosa. El Creador de los dioses y de los hombres arrojó á los espacios el mundo envuelto en las cadencias de un cántico y en las melodías de su lira de tres cuerdas; y por eso la música hace oscilar á las estrellas, volar al sol, moverse á los séres, y concierta en leyes divinas todas las cosas; que el Universo entero ha sido ordenado por la sublime música. Los siete planetas que coronan la tierra; los signos del zodiaco que ruedan en eterno compás; la sucesion de los dias en constantes periodos, las fajas de mundos que se pierden por los límites del Universo; los rumores que pueblan la tierra desde el horrisono trueno hasta el sonido de la gota que cae como una lágrima en el sereno lago; el canto del insecto bajo la verde hoja y de la estrella en el azul firmamento, son ecos, cadencias, armonias de la música que ordena todas las maravillas de la naturaleza, y que se exhala del gran instrumento de la creacion, para unir el tiempo á la eternidad y las criaturas á su Creador. Al eco del cántico, la aurora se sonrie,

el sol pulsa su lira de fuego, los génios de las estrellas soplan en sus flautas, el mar levanta sus trompas de cristal incrustadas de perlas, los planetas ruedan en suave y concertado movimiento, el rio arrastra sus ondas en infinita cadencia, la flor abre su corola, y el ave afina su garganta, en tanto que la música, despues de flotar sobre la tierra y resonar en las pedregosas montañas y en las lóbregas cavernas, vá en alas del céfiro á perderse en el cielo, donde se mueve el ciclo de las horas, que en su rueda de luz mide las armonías de la gran catarata de los tiempos.

## NINIAS.

¡Oh! Hermoso cántico, á tu dulce compás mis penas olvidaba, y me sumergia en un sueño voluptuoso, más grato que la árida realidad de la vida, y más poderoso para la felicidad que mi impotente omnipotencia. Pero ¿dónde está la hermosa mujer, la gran princesa que habeis traído cautiva?

## SÁTRIAS.

Señor, señor, pronto.... pronto.... vendrá.



LOS SÁTRAPAS (*entre si*).

La ama, y no quiere presentarla á Ninias.

NINIAS.

¿Por qué no viene ahora mismo? Llámalala, llámala, ó si no, caerá tu cabeza.

SÁTRIAS (*horrorizado*).

Señor, aquí está Hifalia.

NINIAS (*tomando de la mano á Hifalia*).

Ven, acércate á mi trono; no temas que el poder consume tu alma, como la llama del ardiente pebetero consume las alas de la mariposa. Tú puedes hacer feliz á un rey que no ha visto colmados sus deseos con millares de imperios, ni con serrallos de hermosas mujeres, ni con festines en que ha gastado las riquezas reunidas en dos siglos, ni con inmensas conquistas, ni con ese constante rumor de adulacion que sube hasta sus oidos; porque en todos esos placeres no hay ni un suspiro de amor, ni un destello de verdadera vida. Tu hermosura me sonrie como el alba al caminante perdido en el desierto; en tu frente leo un pensamiento de amor; tus ojos penetran

hasta mi alma, y encienden ardorosos mi corazon; tus lábios, como roja flor, guardan la única dulzura de la vida; y en tu seno, que palpita como la onda del rio, encontrará un regazo este sér que vive en la triste soledad de un trono. El amor ¡ay! el amor está sobre todo en la tierra. Una corona quema la frente, un cetro descoyunta las manos, un trono es un desierto; el carro de guerra no dá un paso sin aplastar la cabeza de cien criaturas, y la espada sólo se sácia con sangre; la vida del altar se evapora en el misterio y se apega á dioses siempre mudos á las oraciones y á los votos de los hombres; el cortesano se encorva hasta la tierra, y acostumbrado á mirar al suelo, no vé la luz que baja de las alturas; pero el que ama, el sér feliz que siente ese dolor infinito, esa pasion inexplicable, en el suspiro que le lleva el áura, en la huella que un pié adorado deja en la arena, en la furtiva mirada que se escapa al través de misteriosa celosía, en la trasparente lágrima que cae sobre la marchita flor de un recuerdo, en el rizo arrancado de la cabellera y todos los dias bendecido con ardientes ósculos, en la palabra indiferente, en la cancion apasionada, en el eco del arpa, en el ruido de los pliegues de una túnica, en la esperanza, en el dolor, en la

duda, en todos los instantes de su existencia, recoge, absorbe un sentimiento que centuplica su sér, que eleva su alma, que dá el fuego de todos los placeres á su vida. Si yo encontrara en tí esta ventura, que en vano he pedido mil veces á la solitaria implacable tierra, te daría mi tiara, mis elefantes, mis carros de guerra, mis armas, mis esclavos, mis cortesanos, mis tesoros, los montones de esmeraldas que trajo Semíramis de la India, las ricas telas que arrancó Nino á los hombros de los príncipes de Persia, la copa de oro en que bebía Nemrod, los ídolos de ébano y de plata que vinieron cautivos del Egipto, los gigantes monumentos bajo cuyas bóvedas cabe un cielo, las torres de granito desde cuya cima mis magos conjuran las estrellas, los lagartos y los cocodrilos de bronce, las águilas de plata, las serpientes de oro que hay sobre mis altares, los arcos, los acueductos, los puentes, los jardines colgantes en que los ligeros surtidores riegan con perpétuo rocío los árboles siempre en flor, Babilonia entera, y con Babilonia mi corazón y mi vida. Dime que me amas, y mañana te rodearán todos los placeres. Tendrás salones incrustados de perlas, lechos de marfil y púrpura, eunucos traídos de Etiopía, esclavas sirias que te regalen

los oídos con suaves cánticos y renueven el aire con abanicos hechos de las pintadas plumas de pavo real, barcas doradas y ceñidas de guirnaldas de rosas que te arrastren por el límpido Eufrates, mil pebeteros para perfumar el aire que respire, collares de perlas para tu garganta; y un cendal como no lo ha ceñido ninguna mujer en la tierra, para envolver tus delicadas formas, que han de ser la envidia de todas mis mujeres, no acostumbradas á tener por rival la perfección de la naturaleza.

SÁTRIAS (*para sí*).

¡Oh rabia! oh celos! Antes que caer en tus brazos, mi cautiva caerá en brazos de la muerte. Mi pecho arde, se encienden mis ojos, horrible vértigo se apodera de mi cabeza, mi mano acaricia involuntariamente el puñal. ¡Oh infame Ninias! No sabes que ese amor será tu perdición.

HIFALIA (*al rey*).

Señor, yo nací bajo una palmera, sobre las flores, al borde de una fuente, entre el zumbido de las abejas y el cántico de los ruisseños, en un país abundosísimo, donde todas las cigüeñas y todas las golondrinas se gozan en posarse cuando

vienen de remotos climas, donde el suelo retrata al estrellado firmamento en la callada noche con sus mil luciérnagas, y los arroyos se desatan en tortuosas corrientes por los sinuosos valles poblados de árboles que con su sombra quitan sus ardores al sol y convidan al reposo; tierra de bendición en que la vida es una primavera continua, un eterno amor. Pero un día el hado enemigo llamó á las puertas del palacio de mi padre, que era el príncipe de aquella tierra. Aunque nuestro palacio era de cañas, lucia con todos los ornamentos de la naturaleza. A su entrada surgia una fuente; por sus paredes se entrelazaban las enredaderas con la fresca yedra; el pavo real adornaba con sus sedosas plumas las ventanas; la rosa y el clavel abrian sus encendidas corolas por todas partes; el musgo extendia verdes alfombras en el suelo; las aves más raras pendian en jaulas de mimbres cubiertas de flores; do quier la vista giraba encontraba descanso, y el oido armonia, y el olfato suaves aromas en aquel ameno y delicioso apartamiento. No quiso la suerte que allí corriesen tranquilos mis días al lado de mis palomas y de mis mariposas, al pié del altar de los paternos dioses. Un conquistador vino en un carro de oro, taló nuestros campos, quemó nuestras cabañas, y

me arrancó en su soberbia de mi floresta, después de haber asesinado en mi presencia á mis padres. Desde entonces no tuve hora de felicidad, momento de reposo. Me llevaron á un mercado y me vendieron. Después fui á Egipto. Allí me consagraron á los templos. En Thebas cuidaba el carnero que adoraban sus moradores, y ceñia guirnaldas de verbena á sus dorados cuernos; en Cynotis velaba al perro sagrado, que tenia un inmenso templo, y que me devolvía mis cuidados con su amistad sin igual; en Ligópolis, el lobo del altar, cuando me veía ir á su dorada jaula, se tendía para que le acariciase con mis manos; en Thamuso guardaba los verdes lagartos que vivian en jardines deliciosos consagrados á los animales inmortales que retratan en su organizacion todas las formas de la vida y muestran todo el poder de los cielos. Un día los sacerdotes me regalaron á otro templo, hasta que se turbó la serenidad de mi vida por el ruido de nuevas guerras; y desde entonces pertenezco á Satrias. Satrias es mi dueño. Si él me cede al jefe de su religion y de su pueblo, al señor de toda su vida, al dueño de su alma, al sol de sus ojos, al verdadero dios de su existencia, á Ninias, yo, señor, seré vuestra, y vuestros caprichos serán mis leyes, y vuestra

voluntad mi voluntad, y vuestra vida mi vida.

NINIAS.

¿Pues qué, no sabe Sátrias que cuanto hay en Babilonia es mio? ¡Sátrias, Sátrias!

SÁTRIAS.

¡Señor! Yo obedezco á vuestra voz, como el pequeño arbusto al viento, que segun su capricho lo doblega.

NINIAS.

Esta mujer es mia.

SÁTRIAS.

¡Señor, yo deseaba tenerla en mi aposento, por parecerse tanto á la hija que perdí!

NINIAS.

No, no oigo reparos, no oigo excusas á un deseo que no es mi deseo, á una voluntad que no es mi voluntad. ¿Cómo te atreves, gusano miserable, á amar lo que ama tu señor? ¿Cómo hablas cuando tu señor habla? Las avecillas callan cuando truena la tempestuosa nube en los abismos del cielo.

SÁTRIAS.

Señor, para desagraviarte, ya que una palabra mia te ha agraviado, te regalaré un esclavo.

NINIAS.

¡Un esclavo! Deseo verlo. ¿Es raro?

SÁTRIAS.

Ha sido aprisionado cerca de aquellos países á donde llegó la mano poderosa de Semiramis, cuando los reyes de Babilonia guerreaban y eran temidos en el asombrado mundo.

NINIAS.

¡Que venga ahora mismo el esclavo, que venga!

SÁTRIAS (*hace una señal*).

Le verás, señor. Apenas habla. Sus ojos están siempre arrasados de lágrimas; pero es hermosísimo.

NINIAS (*viendo entrar al esclavo*).

¡Hermoso jóven! ¿Dónde has nacido?

ORIEL.

No sé, no sé dónde he nacido.